

FCA  
CS 180  
Fº 24

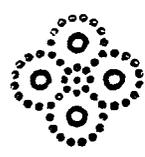
# EL SUR DE TENERIFE

— POR —

FR. ALBINO G. MENÉNDEZ

REIGADA

OBISPO DE TENERIFE



LIBRERIA Y TIPOGRAFIA CATOLICA  
SAN FRANCISCO, 7  
SANTA CRUZ DE TENERIFE  
1930







# EL SUR DE TENERIFE

---

## I

La isla de Tenerife, de forma aproximadamente triangular, más bien que Sur, tiene, formando combinación con su línea Norte, un Sudeste y un Sudoeste, que abarcan desde Punta Anaga hasta Punta Teno, divididos como en su vértice por la montaña Roja y Punta Rasca. Sin embargo, cuando vulgarmente se habla del Sur de Tenerife suele entenderse tan sólo la región que va desde Fasnia hasta el límite Sur de Santiago del Teide. Esta región así delimitada tiene caracteres especiales, que de todo el resto de la isla la distinguen. Y ante todo, es infinita-

mente menos conocida que la región Norte, y que la primera parte de la región Sudeste, como es natural, en donde la capital, Santa Cruz de Tenerife, tiene su asiento.

La causa principal de este desconocimiento acerca del Sur de Tenerife podemos decir que ha sido hasta ahora su incomunicación o falta de carreteras. En efecto, la carretera general del Sur no pasaba, hasta hace muy poco, de Arico, que es donde propiamente y de lleno el Sur comienza. Pero en estos últimos años la carretera general avanzó bastante, pues ya está llegando a Granadilla; y desde Granadilla hacia allá se ha construido un sistema de pistas o carreteritas de cuarto orden, por las cuales se llega en automóvil con relativa comodidad a todos los pueblos y aún a los pagos más importantes.

Desde que se abrieron estas pistas, que hace muy pocos meses, teníamos deseo y necesidad de hacer un recorrido por el Sur para diversos asuntos. Ya en cierta ocasión había-

mos llegado hasta Adeje; y ahora nos proponíamos llegar hasta Chío, que es el último pago de Guía de Isora, es decir, de lo que bajo esta denominación del Sur suele comprenderse. El viaje será rápido y no en todos los pueblos habremos de detenernos; pero echaremos por lo menos una mirada al paisaje y... otro día completaremos lo que ahora se quede sin decir entre tantas cosas interesantes como el Sur de Tenerife encierra.

Dirigiéndose, pues, hacia el Sur, en la forma que acabamos de delimitar, aconsejamos al lector que quiera acompañarnos se detenga unos instantes al remontar la ladera de Güimar en un sitio estratégico, que, a semejanza del balcón Humboldt en la Orotava, bien pudiera llamarse "balcón de Güimar" por la estupenda vista de este Valle que desde aquí se alcanza. Pero dejemos a Güimar y atravesemos corriendo el Escobonal, último pago del Municipio de Güimar, recientemente convertido en parroquia.

Pór cierto que en su ermita, desde ahora iglesia parroquial, dedicada a S. José, hay que hacer una serie de transformaciones y añadiduras, de las que no sé cuando vamos a salir: Baptisterio, ampliación de Sacristía, Casa Rectoral, torre para fortalecer un muro que amenaza ruina, etc. La gente, aunque pobre, es entusiasta y simpática, y no creo que dejen de tomar con todo empeño el sacar a flote su parroquia, que quizá no ande ya muy lejos de los tres mil habitantes. El alcalde, don Rogelio Ojeda, a quien el Escobonal debe ya muchas otras cosas, ha puesto en ello todo su entusiasmo, y es hombre que sabe hacer honor a su palabra. Tanta confianza en ello tenemos que ya se ha encargado un Padre dominico de Candelaria de atender esta parroquia mientras edifican la casa parroquial y pueden así tener un cura propio.

El paisaje del Escobonal es grandemente característico y a ningún otro de la isla se parece. Una ladera muy extensa toda salpicada de

casitas, blancas, toda llena de paredes de piedra blanquecina también, en las que a modo de macetas se va conteniendo la tierra para formar pequeños huertecillos, en que se cultiva principalmente la patata. En el momento a que nosotros nos referimos, estos patatales estaban bien nacidos y muy frondosos, poniendo una nota de verdor obscuro, de intenso relieve y contraste sobre el color blanquecino general de cuanto se divisa.

En otras ocasiones, estos huertitos de jable, como por aquí se dice, cuando están recién preparados para la siembra, aparecen blanquísimos también, con lo que todo el paisaje, bajo un sol deslumbrador, viene a estar envuelto en blancuras y resplandores.

El jable es una especie de arenisca blanca que da a la tierra una gran frescura, impidiendo penetrar en ella los rayos del sol; por lo cual y por abundar sin duda en sales de potasa conserva extraordinariamen-

te bajo el suelo la humedad y aún quizá atrae y fija en cantidad notable el vapor acuoso de la atmósfera y el rocío o relente de las madrugadas. Por esto se da el caso raro, de que en estos huertos de jable se pueda recoger una cosecha de patatas sin que haya caído una sola gota de lluvia desde la siembra hasta la cosecha. Aquí por el Sur, mucho más aún que por el Norte, el gran problema de Tenerife es el agua; y los medios como se ve discurridos para captarla y aprisionarla, aunque sea del rocío de la atmósfera, llegan hasta lo inverosímil.

Al salir del Escobonal, la carretera atraviesa un pequeño túnel que desemboca en el barranco de Herque, línea divisoria con Fasnia. Del Escobonal pudiéramos decir que es el prólogo del Sur; y de Fasnia que es ya el capítulo primero. Este último pueblo conserva en parte los caracteres del Escobonal; pero a medida que se avanza, la tierra se va volviendo más estéril, y aún antes de salir de su término los huerteci-

llos de jable casi por completo desaparecen.

Hacia arriba, hacia las cumbres, se descubre a ratos el caserío de la Zarza, pago populoso que forma casi la mitad de la parroquia. Una parroquia ¡ay! esta de Fasnía sin templo, aunque bastante antigua, pues hace ya más de una docena de años que el que había se derrumbó, y apenas hemos logrado aún poner los cimientos del nuevo. Quiera Dios mover los corazones y ayudarnos a todos para poder sacarlo pronto adelante, pues con otra docena de años sin iglesia, la nueva generación se paganizaría por completo.

Por toda esta parte y aún por todo el Sur, el arbolado no se descubre apenas sino hacia las cumbres, cubiertas de pinares no muy frondosos, como no sea de cuando en cuando y alrededor de las viviendas por lo común, algunas higuieritas y algún más raro naranjo o duraznero. La carretera se ha remontado mucho y en toda esta extensión del

Escobonal y Fasnía, seguramente que alcanzará sobre el mar sus buenos quinientos metros de altura.

Hemos salido ya de Fasnía y al llegar al primer paguito del Municipio de Arico, llamado Icor, y constituido tan sólo por un antiguo parador desvencijado y dos o tres casitas más de aspecto triste y vetusto, se tiene por delante una vista del panorama del Sur de las más características y emocionantes. Una extensión muy grande, que hasta el mar desciende suavemente, sin un árbol, sin una casa como no sea muy a lo lejos con un aspecto desolado y muerto, que hace pensar en los desiertos del Sahara, produce verdaderamente en el ánimo una impresión profunda con dejos tristes de majestad y de grandeza. Visión que nos domina, que nos abruma..., y a veces por su esplendor luminoso nos enciende y nos levanta; visión que tiene algo de pavoroso y de trágico y de sublime, que azota nuestra sensibilidad como con pinchazos de escalofrío y hace venir a nuestra

memoria aquellos versos del poeta castellano:

“No es mi patria un cementerio,  
pero un templo sí lo es”...

Porque, en efecto, aquí se siente algo de lo infinito, de lo inmutable, de lo eterno, de lo mayestático, de lo indefinible de Dios. Algo como un aliento de misterio, que nos envuelve y nos domina. No hay apenas árboles ni plantas. Y las pocas que hay, tampoco tienen hojas, ni flores, ni hacen sentir jamás la primavera; son más bien hoscas y enemigas del hombre, defendidas con púas y venenos, como para hacernos sentir más al vivo la primitiva maldición de Dios fulminada tras la primera culpa: “Maledicta terra in opere tuo”: maldita la tierra que sin su trabajo no producirá sino cardos y espinas.

Pero todo esto aquí se intensifica aún hasta un grado superlativo. Los cardos conviértense en cardones, planta original de aspecto litúr-

gico y funerario, cuyas matas semejan un montón de cirios hasta de un metro de altura, que se levantan hacia el cielo suplicantes, y a los cuales no puede acercarse ningún animal, pues es tan cáustica su savia, que a poco que se hiera cualquiera de sus vástagos impregna el aire de un vapor que hace llorar, como en señal de expliación y de sentencia condenatoria; y si un poco de su savia llega a caer sobre la carne viva produce llagas profundas de no muy fácil curación. Junto con los cardones los balos, de savia cáustica también, y a los que ningún animal se acerca tampoco; y las tabaibas amargas, de naturaleza parecida; y finalmente las chumberas salvajes o nopales, defendidas con púas fuertes y agudísima, que causan verdadero escalofrío ante la sola idea de poder resbalar y caer sobre ellas. Todo es huraño y esquivo, todo incita a la compungi3n y a la penitencia. ¡Magnífico paraje para ascetas solitarios!



## II

La carretera sigue dando vueltas infinitas dejando atrás, sin fin, unas colinitas siempre iguales y unos no muy profundos barrancos. El sol brilla espléndido sobre el horizonte. El mar azulado y blanquecino con largas cintas o remansos como de plata bruñida, en los cuales como en un espejo se mira el sol, extiende por un horizonte inmenso su llanura llena de nostalgias y de anhelos... Y mientras corre el automóvil, nosotros hablamos, para darnos la sensación de que el coche corre más aprisa, de que el tiempo pasa más entretenido.

Al fin sobre una colinita a nuestra izquierda, Arico el Viejo, grupito muy apretado de casas grises y blancas. Sobre la siguiente Arico el Nue-

vo, que envuelto en huertos y frondosidades y con algunas casas de aspecto señorial, asemeja un verdadero oasis en medio de aquel desolado panorama. Por encima hacia la derecha la Degollada y la Sabinita, otros dos paguitos rientes envueltos, sobre todo el segundo, en tierras de labor y extendiendo una mano hacia los pinares de las cumbres. Con todos estos pagos acaba de crearse una nueva parroquia localizada en Arico el Nuevo, cuya ermita se trata de ampliar considerablemente para convertirla en templo parroquial adaptado a las nuevas necesidades. La obra ya está iniciada y espero en Dios y en la buena voluntad de estos feligreses, con su entusiasta y benemérito alcalde a la cabeza, que en plazo breve irá saliendo adelante.

De frente sobre otra colina mucho más alta, hacia la cual va ascendiendo penosamente la carretera, el Lomo de Arico, la antigua parroquia, con un templo parroquial de noble factura y buenas proporcio-

nes. Y, finalmente, pasado el Lomo, otra lomada más baja llena de viviendas y de las cuales no se ve sino la puerta de entrada o el ahujero o chimenea por donde el humo sale. Estas casitas subterráneas no son frecuentes como vivienda, aun aquí, en el Sur de Tenerife; aunque sí lo son como bodegas y para guardar grano u otros productos de la tierra.

Después, otros cuantos kilómetros de paisaje muerto y rocoso hasta llegar al Río, pequeño oasis "donde el agua corre"; no en forma de río, no; sino por pequeñitas atarjeas o canales; pero, en fin, corre, alegrando el alma con su cantar jubiloso. El Río es el último pago de Arico y no andará muy lejos de tener sus mil habitantes. Andando el tiempo, si Dios quiere, y una vez construídas y funcionando todas las nuevas parroquias, la ermita del Río será una filial de la parroquia de Arico, de la cual dista más de una legua, con un coadjutor residente para su servicio.

Un par de colinitas rocosas, un barranco profundísimo, por donde dicen que corría un río... sin duda cuando la isla estaba en formación, y en seguida se llega a otro pago semejante al anterior, pero perteneciente ya a la jurisdicción de Granadilla, llamado Chimiche. Hacia la altura, por la derecha, se ven casitas y heredades, a las que dan el nombre de las Vegas: y hacia abajo, hacia el mar, sigue siempre una gran extensión desolada y muerta de corte completamente africano.

Unos minutos más y llegamos a los Blanquitos, desde donde vemos muy cerca Granadilla, frente por frente de nosotros, ofreciendo un aspecto magnífico. Buen caserío, muy blanco, muchos huertos frondosos de naranjales, bastantes tierras de labor en cualquier dirección en que la vista se extienda, y, en fin, grupitos de casas acá y allá por todas partes diseminadas que dan al paisaje animación y vida. Pero no podemos continuar en esta dirección, porque el trozo de carretera

que hasta Granadilla nos falta está sin terminar todavía, aunque ya muy adelantado y para ser entregado, según nos dicen, en fecha próxima.

Entramos, pues, en las pistas y por una de ellas descendemos hacia San Isidro. Las pistas van huyendo de los pueblos y buscando los paguitos menores: y así se ha hecho de intento y con muy buen acuerdo, porque la comunicación de pueblo a pueblo la habrá de hacer, al fin, la carretera. Las pistas buscan unir los pueblos con el mar y enlazar dando vueltas y rodeos todos los pagos de más importante caserío.

Vamos dejando atrás paguitos de estos sin preocuparnos gran cosa. El paisaje, aunque bastante más animado, no por eso deja de seguir siendo monótono. En toda esta región la población es mucho menos densa que en el Norte de la isla. En 100 kilómetros de carretera por el Norte se va dejando atrás una población de 100.000 almas y en una extensión igual por el Sur apenas

se llega a reunir la tercera parte de habitantes. El Norte, y siempre venimos a parar a lo mismo, tiene agua y el Sur no la tiene; y el agua con el trabajo del hombre trae la riqueza, la frondosidad, el movimiento y la densidad de población. Y en el Sur ni cae del cielo tanta agua como en el Norte ni hasta ahora se han podido encontrar manantiales tan abundantes como los que en el Norte se encuentran.

Este problema del agua es, pues, en cierto modo el origen de todas las diferencias entre el Norte y el Sur de la isla. Si el Sur tuviera agua, sería más rico aún, porque el clima le favorece; y como es una zona mucho más extensa, podría sostener una población incomparablemente mayor, que la que en el Norte se sostiene.

Estas diferencias entre Norte y Sur no son exclusivas de Tenerife, sino que más o menos se dan en todas las islas Canarias, y aún creo que en todas las islas y en todas las cordilleras de este hemisferio.

Quien conozca los Pirineos, por ejemplo, sabe perfectamente que la parte Norte de la cordillera es incomparablemente más frondosa que la parte Sur, lo mismo si se le mira entre Asturias y León o Palencia y Santander, que entre la Navarra española y la Navarra francesa o entre Aragón y Cataluña y las correspondientes laderas del Norte pertenecientes a Francia.

Mientras así discurríamos, el automóvil ha ido descendiendo rápidamente hacia el mar y atravesando varios paguitos sin importancia. Allá, a la izquierda, acabamos de dejar la famosa bahía de Los Cristianos; pero seguimos de largo, porque bien pronto tendremos que volver a ella. Pasa ya de mediodía y hay que echar esencia al motor, digo, a los estómagos. El sol sigue brillando cada vez más deslumbrador sobre el horizonte y especialmente sobre el mar, que como espejo de bruñida plata refleja con fuerza soberana los resplandores de Febo. Aquí la luz lo es todo. Hasta las tie-

rras blanquecinas despiden luz. Dominado por la luz como en un éxtasis embriagador, el mar languideciendo, languideciendo hasta lo infinito, en un espasmo amoroso parece haberse dormido. Todo es quietud y silencio y embriaguez radiosa. La pupila se empequeñece y anonada ante tanta majestad luminica, como embriagada también. No hay paisaje; sólo luz y todo luz. Todo lo corpóreo y opaco ha desaparecido.

Entreguémonos también nosotros por entero a esa majestad dominadora, en esta playita de Adeje, en que cada arena y cada piedrecita llevan también dentro de sí metido un sol radioso y fulgurante.

Antes de sentarse... a la mesa, uno de los excursionistas se acercó al mar para lavarse las manos. El mar parecía inmóvil; pero al acercarse a él, una ola misteriosa surgida sin saber cómo, pues ni se la vió venir, ni se supo dónde había nacido, avanzó codiciosa varios metros sobre la playa, como reclaman-

do lo que es suyo, mojándole enteramente los pies. El baño no podía ser más agradable, no sólo de los pies sino también, plagiando una irase evangélica, de las manos y la cabeza. Y no se llegó a más en esto del baño porque el tiempo urgía. Pero nos hizo recordar aquel cantar asturiano:

A la mar fui por naranjas;  
cosa que la mar no tiene;  
mojadito me pusieron  
las olas que van y vienen.  
¡Ay! mi dulce amor!  
Ese mar que ves tan lindo  
es un traidor!







### III

Cerca de las tres era ya cuando dejando la tranquila playa de Adeje tomábamos de nuevo la carretera en dirección a este pueblo, alejándonos del mar rápidamente. De los antiguos pueblos de Tenerife no hay apenas ninguno cerca del mar; y si alguno se aparta de esta regla es obedeciendo a causas muy especiales, por ejemplo, el pueblo de Candelaria, a causa del Santuario de la Stma. Virgen; Garachico, por el puertecillo natural que allí había y muy pocos más. En general, los pueblos están contruidos lejos del mar, camino de las cumbres, por lo común entre los trescientos y los mil metros de altura. Y esto no sólo en el Sur, sino también en el Norte de Tenerife. Y aún en la isla

de la Palma ocurre en general lo mismo.

Se ha querido buscar la explicación de este fenómeno en la necesidad de huir de las acometidas de los piratas; pero semejante explicación jamás me ha convencido. Por aquí, por estas islas, en la época de la fundación de estos pueblos, no abundaban tanto los piratas como para determinar su desplazamiento, que en cualquier otro sentido pudiera resultar molesto, de no haber para ello otras más fuertes razones. Hay, pues, que buscar éstas en la productividad y habitabilidad de los terrenos mismos. La Geografía humana de estas islas es bien manifiesta: donde hay un palmo de terreno laborable y productivo, allí hay una vivienda, y si el terreno dá de sí, entonces como ahora, allí se forma un pueblo.

Las costas, sobre todo las del Sur, eran en general terreno improductivo a causa de la escasez de lluvias. Sabido es que en ciertos sitios pasa a veces un periodo de tres y de cua-

tro años, como ahora mismo lo hemos visto, sin que llegue a mojarse de veras ni una sola vez la tierra. En cambio, hacia las cumbres llueve más, y la misma frescura de la atmósfera, que la bruma produce, ayuda extraordinariamente a que la vegetación se conserve y viva mejor. Además, los pocos manantiales de antiguo conocidos en la isla no suelen estar en las costas, sino hacia las cumbres. Y el hombre fija siempre su morada donde tiene agua que beber y lo más cerca posible de la tierra que trabaja y de la que saca su sustento.

Hoy se van invirtiendo los términos; hoy hay terrenos de costa que valen diez veces más que los terrenos de altura; pero es debido a la irrigación artificial y a los modernos cultivos intensivos, para los que se exige forzosamente el clima cálido de las costas.

Por eso hoy se crean pueblos o se desenvuelven rápidamente pequeños caseríos antiguos en las tierras bajas, cerca del mar, aún sin

tener en cuenta para nada las exigencias modernas del tráfico marítimo.

Los antiguos habitantes de estas islas no amaban el mar ni de él sacaban apenas producto alguno. La construcción de barcos nunca tuvo aquí mucha vida; ni siquiera las artes de la pesca, a pesar de ser tan ricos en ella estos mares y no ser de suyo especialmente bravíos ni peligrosos. Aún hoy es muy general en estos isleños el temor a embarcarse; y cuando lo hacen, suelen sufrir más del mareo que los que hemos nacido en tierra firme. Parece a primera vista que debiera ser este un país de marinos y “descubridores”; pero ni la historia ni la actualidad lo confirman.

Hemos llegado hasta las puertas de Adeje y hemos seguido de largo, torciendo hacia la izquierda, contentándonos con echar sólo una mirada a las aún imponentes ruinas del antiguo castillo o Casa Fuerte, residencia de los condes de la Gomera. Es este un caso casi único en

toda la isla. Aquí no ha habido grandes señores... feudales, digámoslo así, con grandes posesiones y pueblos enteros suyos. La propiedad en general está y estuvo siempre bastante dividida. Por eso aquí, hoy, en la Agricultura no hay apenas cuestión social, a no ser algún chispazo, como lo de la Aldea de S. Nicolás, en la vecina isla de Gran Canaria. En Adeje, hasta ahora, ha habido paz y armonía, a pesar de pertenecer a la Casa Fuerte casi todo su término; y es de esperar y desear que si alguna dificultad o problema va surgiendo, en paz y armonía entre las partes se resuelva. Tiene también aquí una gran propiedad de terrenos y aguas, modernamente adquirida, la Casa Fyffe, Compañía inglesa de gran potencia; pero hasta ahora no trata del todo mal a sus obreros, ni hay en ellos mayor motivo de queja ni descontento.

Casa Fuerte, Casa Fyffe, a ellas pertenece todo cuanto vamos viendo, terrenos cultivados y grandes

depósitos de agua. Cuadrillas de trabajadores y trabajadoras nos ven pasar con admiración y sorpresa. Un pinchazo nos obligó a bajar del automóvil y mientras lo reponían recorrer a pie más de un kilómetro. Cien y cien ojos se clavaban desde todas partes en la carretera y de todas las bocas surgían comentarios y discusiones, que si era el Obispo, que si no era... Ibamos precisamente atravesando La Hoya, que es quizá en conjunto la mejor propiedad de toda la isla, y que como hemos dicho pertenecen a la Casa Fyffe.

En estas labores del campo trabajan mucho las mujeres, y lo que es peor todavía, los niños. No son trabajos fuertes, por lo común, sobre todo en el cultivo del tomate, pues se reducen a atar las plantas a las cañas (o latas—palos—como dicen por aquí) que las sostienen, recoger el fruto, colocarlo después de seleccionado en los cajoncitos en que se exporta, en los talleres de empaquetado, etc. Pero lo malo de todo esto consiste, por lo que a los

niños sobre todo se refiere, en que mientras están en el trabajo no están en la escuela, y el analfabetismo sigue campando por sus respetos. El que haya o no haya escuelas poco importa, mientras no se apliquen con eficacia las leyes sobre el trabajo de menores. Cuando los estímulos del interés ciegan a las gentes, no basta poner la cultura al alcance de la mano; es preciso forzarles a entrar por ella.







## IV

Habíamos apenas vuelto al automóvil, cuando de pronto, en una revuelta del camino tropezamos con el párroco y autoridades de Guía de Isora, en cuyo término acabábamos de entrar, los cuales habían salido a esperarnos, a pesar de que muy poco antes les había llegado por teléfono la noticia de nuestro viaje. Guía de Isora es un pueblo de los mejores del Sur en todos sentidos, religioso y atentísimo siempre con los que a él llegan. Nuestro viaje era una sorpresa, pues a nadie lo habíamos anunciado más que a los de Arona; y por esto en muchos otros pueblos ni siquiera se habían dado cuenta de nuestro paso.

**Puesta de nuevo en marcha la**

caravana y habiendo previamente decidido no entrar en el pueblo de Guía hasta la vuelta, seguimos atravesando todo su término municipal hasta llegar a Chío, que es su último pago, casi ya en el límite que de Santiago del Teide lo separa.

Chío es un pueblecito muy hermoso, como de unos mil habitantes, que en unión de otros dos paguitos, Chiguergue y Alcalá, ha sido elevado recientemente a parroquia. Tiene muchos almendros en su contorno, y algunos otros árboles, sobre todo higueras y durazneros. El almendro se da por aquí muy bien y pudiera constituir una riqueza en todo el término de Guía, mucho mayor de lo que es ahora. A la entrada de Chío nos esperaba reunido casi todo su vecindario.

Desde Guía veníamos por un trozo de carretera ya terminado, aunque no entregado todavía; un trozo de carretera admirablemente construido (cosa bien rara en el Sur...), con una pendiente suave y uniforme, en fin, un verdadero

paseo de cerca de una legua. El día, que ya creemos próximo, en que se construya el trozo que falta desde Chío a Santiago del Teide y se termine el que está actualmente en construcción desde el Tanque a San José de Erjos (uno de tantos que figuraban como "entregados" y en los que apenas se habían dado, a pesar de haberse agotado el presupuesto, unas piconadas...), se podrá dar la vuelta a la isla en automóvil, magnífica excursión turística y único medio de que todos los pueblos de la isla entren en mutua comunicación vital y enriquecedora y progresiva. Confiamos firmemente en que será pronto.

Casi todo el pueblecillo de Chío nos esperaba reunido en la calle de entrada y en los alrededores de la ermita. En la cual, después de los consiguientes saludos y bendiciones, entramos seguidos de toda la gente que en ella pudo caber. Se rezó a los santos tutelares de la ermita y protectores del pueblo. Se les habló de la creación de la nueva

blo y entre bendiciones y despedidas cariñosas de aquellas buenas gentes subimos de nuevo a los automóviles y desaparecimos rápidamente por la carretera de Guía.

Al llegar a Guía también encontramos bastante gente esperándonos en la entrada del pueblo y en los alrededores de la iglesia, sobre todo. Pero la visita tuvo que ser muy rápida, porque la tarde se iba acabando y teníamos que volver hasta Arona para celebrar una función y predicar aquella misma noche. Guía es un pueblo que se hace indudablemente querer. Y el caso es que así éste, como todos los demás pueblos del Sur, quizá por haberlos encontrado en nuestra primera visita tan abandonados y preteridos en todos los órdenes, los hemos comenzado a mirar con una especialísima predilección, y bien sabe Dios, que en todos los órdenes también hemos hecho por ellos cuanto nos ha sido posible. Por lo común en lo humano se atiende más al que pesa más y al que puede

partes nos acompañó, por el trabajo realizado, animándolos una vez más a continuar con entusiasmo su labor hasta dejar por completo organizada y provista de lo necesario su parroquia.

A este propósito recordábamos las palabras que en la Visita Pastoral hace cuatro años les habíamos dado de que la próxima visita la esperaríamos hacer viniendo en automóvil, cosa que entonces les parecía imposible y que si Dios nos ayudaba antes de los cinco años, que es el plazo canónico para la nueva Visita Pastoral, habíamos de ver a Chío constituido en parroquia. Quiso Dios que aquellas palabras se hubiesen de ver efectivamente, aun antes del plazo señalado, convertidas en consoladoras realidades. Un paso más y la parroquia de Chío quedará perfectamente constituida; un avance más en la carretera y el Sur de Tenerife, por Chío quedará empalmado con el Norte mediante su vía de circunvalación.

Ibamos saliendo otra vez del pue-



blo y entre bendiciones y despedidas cariñosas de aquellas buenas gentes subimos de nuevo a los automóviles y desaparecimos rápidamente por la carretera de Guía.

Al llegar a Guía también encontramos bastante gente esperándonos en la entrada del pueblo y en los alrededores de la iglesia, sobre todo. Pero la visita tuvo que ser muy rápida, porque la tarde se iba acabando y teníamos que volver hasta Arona para celebrar una función y predicar aquella misma noche. Guía es un pueblo que se hace indudablemente querer. Y el caso es que así éste, como todos los demás pueblos del Sur, quizá por haberlos encontrado en nuestra primera visita tan abandonados y preteridos en todos los órdenes, los hemos comenzado a mirar con una especialísima predilección, y bien sabe Dios, que en todos los órdenes también hemos hecho por ellos cuanto nos ha sido posible. Por lo común en lo humano se atiende más al que pesa más y al que puede

más; pero en lo evangélico, en lo divino, a quien preferentemente hay que atender es al más necesitado y desvalido, es decir, al que pesa menos y puede menos.

Salimos de Guía de Isora deseando y prometiendo volver pronto por allí. cosa no difícil ahora, pues la carretera y el automóvil todo lo facilitan. Y hala, hala sin parar hasta Arona, a donde llegamos ya anochecido, a eso de las siete y media.







## V

Como habíamos anunciado que no llegaríamos hasta las ocho, la gente estaba cenando, pero bien pronto, tras un pequeño repique, comenzó a llenarse la iglesia, en la cual se reunió en seguida todo el pueblo.

La iglesia parroquial de Arona estrenaba aquel día un vestido nuevo y de fiesta, y era, naturalmente, cosa de celebrarlo. Se le había puesto un pavimento de muy buen mosaico, a la vez que se habían hecho algunas otras reformas en el Presbiterio y se habían adquirido algunos candelabros y otros enseres de menos importancia. Precisamente el celebrar esta fiesta de inauguración,

digámoslo así, y acción de gracias por las obras en el templo realizadas era uno de los principales objetos de nuestro viaje. Hubo, pues, función magna con Exposición de Su Divina Majestad, Rosario y sermón de circunstancias sobre la renovación del templo y la renovación del otro templo espiritual infinitamente más grato a Dios, cuando está limpio y bien adornado de virtudes, que es nuestra propia alma. Después, Bendición, Besalamano y... hasta mañana, que será el día de San José y habrá también función extraordinaria.

El día 19 de Marzo, en efecto, dijimos Misa temprano en la iglesia parroquial de Arona, bajando a celebrar el santo sacrificio en las ermitas del valle de San Lorenzo y de Santa María de Los Cristianos los señores cura párroco de Arona, don José Siverio, y el canónigo don José García Ortega, que era uno de los que habían venido acompañándonos, respectivamente.

A las diez, ya todos de vuelta, se

celebró una Misa muy solemne con panegírico del referido canónigo señor Ortega, cantada por el Arcipreste de Güimar, don Domingo Pérez Cáceres, que desde las primeras horas de la mañana había estado confesando algunas docenas de personas. Había bajado de los pagos de la montaña bastante gente y la función resultó muy bien, aunque hubiera sido de desear que las comuniones fueran más numerosas. Esperamos, que todo irá viniendo, y que estos pueblos del Sur, que hasta en lo espiritual estuvieron tan desatendidos, ahora que con todo esfuerzo se trabaja por atenderlos mejor, irán reaccionando también y se irán esforzando a su vez por cumplir como cristianos mejor cada día.

A primera hora de la tarde salimos en dirección al valle de San Lorenzo, donde celebramos otra funcioncita, reuniéndose en la ermita todo el pueblo, con una pequeña plática. Esta ermita es nueva, bastante capaz, gracias a Dios, digna de constituir en ella, cuando se pue-

da, una filial, pues el vecindario que en torno de ella se junta, pasa de los mil habitantes. Pero hasta ahora está aún sin terminar, le falta el coro y las vidrieras, tiene a medio hacer la Sacristía; y de enseres y ornamentos... no hay que decir, pues le falta casi todo. Sin embargo, es gente de buena voluntad la de este pago, y si en estos últimos años tan malos para sus cosechas han hecho lo que han hecho, bien podemos esperar que con las pequeñas ayudas que les van facilitando puedan en corto plazo llevar a feliz término su obra.

Hay que ayudarles también, y sabe Dios cuanta saliva hemos ya gastado en procurarlo, a que alcancen del Cabildo Insular la carreterita o trozo de pista que les falta para enlazar con la general, pues es de todo el Sur el único pago de importancia a donde, si se puede llegar en automóvil, es por un camino muerto, malísimo, y esponiéndose a dejar en él no solo gomas y neumáticos, sino hasta las ruedas y el cár-

ter. Y no es mucho lo que para arreglarlo se necesita, pues sólo tienen solicitadas cuatro mil pesetas, comprometiéndose ellos a poner el resto con prestaciones.

Entre vivas y entusiasmos y apretones de manos y bendiciones, salimos del valle de San Lorenzo hacia la Bahía de Los Cristianos, donde también aquella tarde nos esperaban. Pero antes, haciendo un pequeño rodeo, quisimos visitar la Caldera de Arona, situada en una finca del alcalde actual don Eugenio Domínguez, y en la que se habla de hacer un pantano cual no habrá otro en todas las islas Canarias. Es en efecto, una hondonada natural de más de un kilómetro de largo y la mitad próximamente de anchura, sin salida natural para las aguas y sobre un terreno firme y compacto en el que no parece haber fallas, que dieran lugar a escapes o filtraciones. Este terreno es todo cultivable y produce muy buenas cosechas, porque allí ha venido a parar por denudación toda la tierra vegetal,

que recubriría las colinitas que la circundan. ¿Qué falta, pues, para que el pantano quede hecho? Pues falta, naturalmente, lo principal, que es el agua, la cual habría que recogerla y conducirla desde los barrancos próximos, cuando llueve. Lo difícil sería reunir todos los años la cantidad de líquido, que en ella se podría encerrar y que ascenderá seguramente a muchos, pero muchos millones de metros cúbicos.

Si en una u otra forma este proyecto llegara a realizarse, toda la parte baja del término de Arona, que es extensísima y casi llana, podría convertirse en tierras de regadío y en un verdadero emporio de extraordinaria riqueza. En marcha otra vez y hacia Los Cristianos.

De la bahía de Los Cristianos ¿quién no ha oído hablar en estos últimos tiempos? Se la propone, en efecto, como el lugar más apropiado para un aeropuerto internacional de gran escala, como punto intermediario en las relaciones aéreas

futuras entre Europa y Sudamérica. La bahía es magnífica, en efecto, y muy abrigada, teniendo por la parte de tierra grandes extensiones llanas de terreno para campos de aterrizaje, húngares y almacenes. Es decir, que en ella se podía atender a las necesidades marítimas y terrestres de barcos, hidroplanos, aeroplanos y dirigibles o zepelines, reuniendo así en uno como en su punto de enlace las líneas aéreas con las marítimas de comunicación entre los dos mundos. Y aún entre los tres, pues el Africa del Sur tiene también a Canarias en su camino desde Europa.

Hoy por hoy la bahía de Los Cristianos es el puertecito natural de Arona y de San Miguel, y en parte de algún otro de los pueblos próximos. De antiguo no había allí vivienda alguna; pero dado el creciente tráfico que cada día más va alcanzando, se está formando con extraordinaria rapidez una poblacióncita, que precisamente ahora acaba de hacer su plano de ensan-

che, digámoslo así, o de construcción de calles, para no tener que lamentar mañana las imprevisiones de ahora. Todo esto es debido, como la obra de las pistas todas del Sur, en muy gran parte al consejero del Cabildo Insular de Tenerife don Juan Bethencourt Herrera, que con verdadero entusiasmo y desinterés y ojo certero trabaja siempre por el engrandecimiento y progreso de su Patria chica. El caso es, que a la bahía de Los Cristianos llegan ya con frecuencia barcos extranjeros y comisiones de estudio, a fin de darse cuenta de esas condiciones naturales suyas, al parecer inmejorables; y en estos mismos días acaba de llegar un hidroplano alemán con la finalidad antedicha.

En esta poblacioncita naciente hay también una ermita en construcción, dedicada a Santa María de Los Cristianos.. .

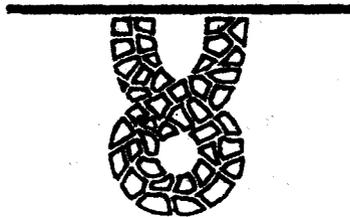
Aún no tiene altar, ni casi imágenes, sino algunas provisionales muy chiquititas; ni Sacristía, ni or-

namentos, ni casi tejado, pues el que tiene es de cinc, como de un almacén o empaquetado, y hay que sustituirlo en cuanto se pueda por otro de teja o de fábrica, pues de este modo el calor en los días de sol se hace insoportable. También aquí celebramos una funcioncita con la consabida plática de circunstancias, escuchada con atención y recogimiento por muchos niños y mujeres, y aún bastantes hombres.

Este pueblo de Los Cristianos, como acabamos de indicar, es un pueblo enteramente nuevo y sin ningún género de tradiciones, constituido por gentes venidas de todas partes; por lo cual es acaso más difícil hacerles sentir el entusiasmo que en otros pueblos más antiguos sienten por sus propias cosas y sobre todo por lo que a los problemas religiosos se refiere. Confiamos, sin embargo, que con la ayuda de Dios la realidad se irá poco a poco conformando más y más al nombre, y que bajo la protección de Santa María de Los Cristianos, lleguen todos sus

habitantes en plazo no muy largo a serlo de veras. "Auxilium christianorum, ora pro nobis".

Está ya anocheciendo y la jornada de estos días fué larga y un poco dura; pero consolémonos, con que la que tenemos proyectada para mañana no ha de ser menos.





## VI

Desde mi primera visita al Sur de Tenerife había quedado con ganas de visitar el pago de la Escalona, perteneciente al pueblo de Vilaflor, del que dista algo más de una hora bajando camino de Arona por la montaña. Pero nunca me había sido posible, o por premuras de tiempo o por otras diversas dificultades, que en cada caso surgían. No quería, pues, que esta vez me sucediese lo mismo. Y como a la fiesta de San José había bajado alguna gente del sobredicho pago de Arona, donde nos hallábamos, comencé en seguida a preguntarles cuánto tardaban para subir de nuevo a la Escalona. Como ocurre siempre, no había conformidad en las respuestas, pues unos decían que una hora,

otros que hora y media, y otros, en fin, hasta dos horas o... tres cuartos de hora algunos. Es natural que las respuestas varíen, pues el tiempo del recorrido depende, como es lógico, de la velocidad de la marcha. Pero reunidas en una todas estas respuestas, vine a sacar en conclusión, que en cinco cuartos de hora, o poco más, se podría muy bien subir a pie desde Arona a la Escalona.

Pero quedaba otro punto a resolver y era la posibilidad de combinar con el paso por la Escalona la visita al Barranco del Infierno, que es uno de los puntos "estratégicos" más dignos de visitarse en toda esta zona. Resultaba, según me decían los que pasaban por enterados, que la vista del Barranco del Infierno desde la altura exigía un viaje tan largo como el de la Escalona o un poco más todavía, y en dirección bastante divergente, es decir, que para ir a la Escalona pasando antes por el barranco del Infierno habría que invertir unas tres horas y me-

dia a cuatro llevando buena marcha. Esto último, lo de llevar buena marcha a pie por estos andurriales, les parecía a nuestros buenos informadores cosa punto menos que imposible para nosotros.

He de advertir que desde la Escalona hasta Vilaflor o hasta los Calvaritos, que es el punto más próximo a donde podía venir a esperarnos el automóvil, queda todavía otra buena hora de subida. Con lo cual venía a resultar un cálculo de unas cinco horas para el viaje proyectado.

No estábamos dispuestos a intimidarnos por tan poca cosa; y el proyecto se aceptó definitivamente con entusiasmo, pidiendo tan sólo un buen guía conocedor de aquellos terrenos. En los primeros momentos quiso acompañarnos con Juan Bethencourt Herrera, de quien ya hemos hecho mención y a quien nos encanta oír hablar del Sur de Tenerife por el extraordinario conocimiento que tiene de cuántos problemas afectan a esta región tan

querida y el calor y entusiasmo con que a todas horas y por todos los medios posibles trata de abrirles camino y buscarles pronta solución dándoles ambiente y atrayéndose a su vez colaboradores. Pero era demasiado fuerte la jornada y nos opusimos terminantemente a que, llevado de su amabilidad, nos acompañase. Lo mismo pasó con el cura ecónomo de Arona don José Siverio, a cuyo celo se deben las reformas hechas recientemente en la iglesia, y de las que ya hemos hablado. Padece un poco de asma y era imposible someterle a un ejercicio tan violento, como el de la ascensión proyectada. Don José Siverio con el Arcipreste de Güimar y algunos más podían ir en los automóviles con las provisiones necesarias para esperarnos a la una en los Calvaritos. Nosotros, en efecto, es decir, el canónigo don José García Ortega y el que esto escribe, habíamos proyectado salir de Arona con nuestro guía a las ocho de la mañana.

Lo relativo a la hora de salida

no se cumplió con mucha exactitud, pues pasaba ya de las ocho y media, cuando de Arona salíamos camino de las cumbres, el día 20 de Marzo. El día estaba espléndido, punto de mucha importancia por cierto, pues de no haber sido así nos auguraban que tendríamos frío en la altura. Nuestro guía se llamaba Alejandro Rodríguez, mozo fornido y simpático que hace inspirar a cualquiera una absoluta confianza, pues parecía capaz hasta de tomarse a uno a cuestras, si el caso llegase.

Ibamos tranquilamente ascendiendo por un camino que parte derecho hacia la montaña, a todo lo largo del cual había tendida una cañería de agua murmuradora, que contribuía a alegrarnos la jornada, mezclándose a cada instante en nuestra animada conversación. Hacia nuestra izquierda alzábase en línea hacia las cumbres una serie de montañitas escalonadas de dos en dos, la primera de las cuales se llama centinela, la segunda el Ro-

que, por autonomasía, la tercera el Roque del Conde y la cuarta el Roque Todoque, que es la más avanzada por la altura hacia uno de los ramales del Barranco del Infierno, que recibe nombres particulares en los distintos sitios. Por encima de todos esos Roques teníamos nosotros que remontar para llegar al punto apetecido.

La pendiente de la isla por esa parte del Sur se compone, en su caída hacia el mar, de tres o cuatro secciones completamente diversas, primera, comenzando por la altura, desde el pico del Teide hasta las Cañadas. Esta sección es invisible por la parte del Sur, porque la Cordillera de Guajara lo impide, dejando sólo en aquellos momentos ver asomar por detrás del piquito del Teide, medio confundido con las nubes. La segunda sección, de pendiente muy rápida y en general cubierta de pinos, baja desde las crestas de Guajara hasta Vilaflor. Viene luego otra tercera sección mucho menos pendiente, a ratos con relati-

vas llanuras y toda ella en general formada por tierras de labor y monte bajo, por la cual se extiende Villafior, Escalona, El Hoyo e Ifonche, y no sé si algún paguito más, y finalmente, tras de una serie de montañitas, que impiden también el que esta tercera zona sea vista desde abajo, vuelve a hacerse otra vez más rápida la pendiente, sobre la cual entre los cuatrocientos y los seiscientos metros de altura se recuestan los pueblos de Granadilla, San Miguel y Arona; pendiente que se va suavizando poco a poco a medida que se acerca al mar, hasta convertirse al fin en una casi llanura bastante extensa, salpicada de pequeñas montañas, como la de Guasa, la de Rasca, la Montaña Roja y otras muchas que fueron pequeños cráteres en otro tiempo.

Hemos ido remontándonos sin darnos cuenta dejando atrás la Centinela y el Roque y el Conde; comenzamos a encontrar las primeras casitas de Ifonche y tras una pendiente muy fuerte, el camino co-

mienza a suavizarse y mejorarse, pues entramos en la zona de tierras de labor a que hace un momento nos referíamos. Torcemos hacia la izquierda casi sin camino; y sin previo aviso nos encontramos en la Era de la Cruz, punto de vista estu- pendo desde el cual descubrimos todo el término de Adeje y Guía de Isora en un panorama fantástico. A nuestros pies una profundidad o hendidura estrechísima( como no habrá otra en la isla ni sé si en todo el archipiélago; quizá setecientos o más metros de profundidad cortada a pico, sombría y oscura, en la cual apenas entra el sol, y de la cual sale un aire fresco, del que tenemos en seguida que guardar- nos, siguiendo las indicaciones de nuestro guía, si no queremos coger algo que nos pese. Por la hendidu- ra adelante vemos allá, en el fondo, un trocito nada más del pueblo de Adeje; y saltando la vista por sobre la ladera una gran extensión de costa y luego el mar y el mar fulgu- rante y espléndido de las islas del

Hierro, de la Gomera y de la Palma con una perfecta claridad de perfiles como nunca las habíamos visto.

Volviéndonos un poco hacia la izquierda veíamos también Gran Canaria con la misma precisión y claridad. Es decir, que teníamos a nuestra vista, con la que estábamos pisando, cinco islas del archipiélago canario, cosa no muy frecuente por cierto. El mar así no es un abismo que aisla, como cuando está brumoso e impenetrable; sino un jardín, sobre el que van brotando los macizos de la cultura humana. La Providencia de Dios prepara el escenario y da los materiales y hasta le traza al hombre un ideal y un sendero hacia lo infinito; pero ese sendero es el hombre el que con su trabajo y su esfuerzo ha de irlo recorriendo libremente a través de los siglos.

La visión de las otras islas es una invitación... a darse las manos y con las manos cogidas, para mejor sostenerse, a correr y a progresar

en una marcha ascendente de santas emulaciones y con el pensamiento constante de que los propios progresos deben extenderse hasta la casa del hermano, y de que los progresos del hermano han de servir a su vez de estímulo y ayuda para los progresos propios del mañana. Esta es la única zona, fuera del Pico del Teide, desde la cual se pueden ver a la vez tantas islas; precisamente por que nos hallamos en el perfil que separa el Sudeste del Sudoeste de Tenerife, desde la cual, por consiguiente, ambos se alcanzan.

Después de un rato de contemplación estética nos dirigimos por aquella cornisa del Infierno (!) hacia el punto llamado casa de Benítez, desde donde se ven todavía mejor las profundidades del barranco llamadas los "Jondíos". Nueva estación y nuevos esfuerzos para no permanecer mucho tiempo asomados sobre aquella ingente cornisa, a fin de no exponernos a los mortíferos puñales del aire frío—aun-

que todo lo demás estaba en calma—, que de los “Jondíos” salía.

Después de admirar y contemplar esta verdadera magnificencia, pisando sobre tierras de labor nos dirigimos a la verdadera casa de Benítez. Junto a ella nos detuvimos a examinar piadosamente la Bimbre o mimbrera famosa en todos estos contornos, por que a ella traen los “niños rotos” (quebrados) estas pobres gentes ignorantes y supersticiosas de los pueblecillos comarcanos. Vimos varias ramas abiertas según el rito supersticioso, por la mitad, en dos partes, durante un espacio suficientemente largo de la rama para que pueda pasarse un niño por allí sin llegar a desgajarla por la punta; de modo, que después de pasado el niño, vuelven otra vez a unir las partes separadas atándolas fuertemente con un hilo y si agarran y sigue la ramita viviendo y sin secarse el “niño roto” se cura, y si la ramita se seca, el “niño roto...” roto se queda para siempre. Estas ceremonias las acompañan con unas

palabras o fórmulas cabalísticas, que nuestro buen Alejandro no nos supo decir del todo.

Al parecer no son ya muchos los que en estas supersticiones creen, pero todavía quedan algunos, por desgracia. Y poca suerte debieron tener, si la teoría valiera, los últimos que aquí han venido; pues todas las ramitas abiertas, que hemos encontrado, estaban secas por completo.

Desde la casa de Benítez, dejando hacia la izquierda, por encima de nosotros, el grupito principal de casas de este pago de Ifonche, torcimos hacia la derecha, primero a campo traviesa, por entre tierras de labor, y después por un camino a ratos llano y a ratos con pequeñas cuestecillas de subidas y aun de bajadas. Llegamos al paguito del Hoyo famoso por ser la patria del “siervo de Dios” el Hermano Pedro de San José Bethencourt de la Tercera Orden de penitencia “de hábito descubierto” de San Francisco; pero no nos detuvimos en la que seña-

lan como su casa natal por estar un poco apartada del camino y no andar muy sobrados de tiempo.

El Hermano Pedro de San José, hijo legítimo de Amador González de la Rosa y de Ana García, como él mismo declara en su testamento, impreso en Guatemala en 1808, pasó a América como emigrante por el año de 1650, fijando su residencia al año siguiente en la ciudad de Guatemala. Pudiera a alguno extrañar su apellido, que no coincide ni con el de su padre ni con el de su madre; pero en aquellos siglos era relativamente frecuente escogerse cada uno los apellidos según la propia voluntad, sobre todo cuando no había nada que heredar por ser de familia pobre, como en este caso. Cuatro años después de su llegada a Guatemala tomó el "saco" de la Tercera Orden de San Francisco, en la que profesó el 11 de Junio de 1656, dedicándose desde entonces a pedir limosna y ejercitarse en obras de caridad. Con las limosnas que le daban compró un

solarcito; y en una casita de paja comenzó a poner escuela, enseñando a los niños y a cuantos querían acudir la Doctrina Cristiana. Esta escuelita se transformó luego en un hospital de convalecientes, atendido por Hermanos terciarios de San Francisco, bajo la dirección del Hermano Pedro, que le dió sus primeros estatutos y es venerado como su fundador.

Murió el Siervo de Dios el 25 de Abril de 1667, dejando tras de sí una gran opinión de santidad por todas aquellas tierras. Al Hermano Pedro le sucedió en la dirección del hospital de Belén, pues bajo esta advocación estaba, el Hermano Rodrigo de la Cruz; el cual, cambiando el hábito y las reglas, instituyó la Congregación laical de los Bettleemitas, aprobada por la Santa Sede en 26 de Marzo de 1687 y extendida después por diversos puntos de América.

A eso de las doce llegábamos a las primeras casas de Escalona, cu-

yo vecindario está muy diseminado por una gran extensión, que quizá a causa del cansancio nos pareció ya demasiado larga. Preguntamos por la casa del teléfono y entramos en ella para hablar con Arona; pero era jueves y estaba cerrado a aquella hora, por lo que no pudimos comunicar. La familia en cuya casa está el teléfono y cuyos nombres no recuerdo, es amabilísima y se deshacía en atenciones con nosotros. Dios la llene de bendiciones celestiales, como nosotros muy de corazón lo deseamos.

Escalona, a pesar de tener seguramente sus 700 habitantes, no tiene ermita ni escuela, constituyendo por ello quizá el pago proporcionalmente más abandonado de toda la provincia. Hay una escuelita particular, pero es de pago, y les cuesta el dinero a las pobres familias que quieren educar un poco a sus niños. Estuvimos en ella también; y aunque vimos en el maestro buena intención, echamos mucho de menos la influencia de la visita

semanal o aunque fuera mensual siquiera del párroco.

Para colmo de desgracias, la carretera que desde Granadilla sube a Vilaflor debía pasar por Escalona: primero, porque el terreno así lo pide: segundo, porque aunque así no fuera, las carreteras son para el servicio de los pueblos, no para el servicio de alguna finca de propiedad particular ni para personales conveniencias: y tercero, porque pasando por Escalona la carretera en casi todo su trayecto hubiera atravesado tierras de labor, a las cuales hubiera prestado un excelente servicio, y, en cambio, por donde ahora pasa apenas encuentra más que monte. Pero como los antiguos decían: "Allá van leyes do quieren Reyes..." Quiera Dios que los que mandan quieran siempre lo que deben querer con los ojos puestos únicamente en el bien público, dejando de lado todo género de particulares conveniencias. Actualmente don Juan Bethencourt Herrera y cuantos con él nos inte-

resamos por el progreso de esta región, venimos trabajando por que se construya siquiera una pista, que partiendo de Vilaflor y atravesando la Escalona baje a un punto intermedio entre Arona y San Miguel, a fin de comunicar este pago tan importante no sólo con su parroquia, que es Vilaflor, sino con los centros de su mercado y sus negocios, que son esos dos pueblos ante dichos, y por ellos con Granadilla y el mar para facilitarles sus exportaciones.

El camino desde Escalona a Vilaflor, bastante pendiente a ratos y a ratos más llano, no tiene interés particular desde el punto de vista estético. Ibamos, además, muy cansados y quizá con disposición de ánimo poco propicia para apreciar las bellezas del camino. Tan sólo recuerdo, que en algunos momentos el camino se desenvolvía por entre un monte de escobones, que comenzaban a florecer, ofreciendo un aspecto encantador con aquella verdadera lluvia de flores blancas.

A eso de la una y media llegába-



mos dichosamente a los Calvaritos, donde, en efecto, nos esperaban con el párroco de Arona los Arciprestes de Granadilla y Güimar y algunas personas más. Habíamos tardado desde nuestra salida de Arona las cinco horas calculadas; pero a todos sorprendió extraordinariamente el que hubiésemos llegado tan pronto, pues según ellos mismos confesaban, no esperaban que llegásemos antes de las tres o las cuatro de la tarde. Pero el programa se iba en todas sus partes cumpliendo y esta era precisamente la hora marcada para comer y descansar sobre el santo suelo tendidos a la sombra, entreverada de sol, de los escobones.





## VII

A las tres de la tarde subíamos ya en nuestros automóviles camino de Vilaflor, adonde llegamos en menos de un cuarto de hora. Vilaflor es el pueblo más alto de Tenerife y aun sospecho que de todo el archipiélago canario y... aún, aún no sé si de toda España, pues según dicen, pasa de los 1.500 metros de altura. Y como está orientado perfectamente hacia el Sur en un vallecito muy resguardado de vientos fríos, envuelto entre frutales y coronado de pinares, que parten del mismo casco del pueblo, y está por otra parte dotado de buenas y abundantes aguas, resulta un sitio ideal por lo saludable, y muy recomendado por todos los médicos, que lo conocen. Nunca faltan por eso en él algunos extranjeros, que llegan a

pasar aquí temporadas por motivos de salud; y, a veces, al ver lo bien que les va, aquí definitivamente se quedan. Realmente, Vilaflor es un sitio excepcional, con el que quizá no pueda competir ningún otro lugar del Viejo Mundo, pues no es fácil que en parte alguna lleguen a reunirse una temperatura tan suave como la de Vilaflor, un clima tan seco y una tan considerable altura.

Por esto constantemente se está hablando de crear allí un gran Sanatorio; y los que actualmente tienen en este asunto las manos en la masa, los doctores Zerolo y Cerviá, son jóvenes especializados en la materia y de muchos arrestos para todo. ¡Qué Dios les ilumine y les ayude, si conviene, a sacar adelante su empresa! Desde que Vilaflor está unido por carretera a la capital, se nota en este sentido un gran progreso por lo que hace a su movimiento. Hay familias de Santa Cruz que han construido o construyen actualmente en Vilaflor casas para pasar temporadas. Y es de esperar

que este movimiento continúe y se intensifique.

Sobre todo si la carretera que sube de Granadilla no se detiene en Vilaflor, sino que continúa por el paso de Guajara hasta la base del Teide, es decir, hasta Las Cañadas, a enlazar con la que de la Orotava sube. Y esto no sólo por turismo, sino por necesidad de los pueblos. La vida moderna es comunicación e intercambio en todos los órdenes, en el económico, en el cultural y hasta en cierto sentido en el religioso, pues no llega lo mismo el predicador o el misionero a una parroquia, cuando puede ir con comodidad y rapidez por carretera, que cuando ésta falta. En estas islas, en general, los pueblos más aislados y atrasados son también los menos religiosos.

Esta carretera de enlace del Norte con el Sur es sumamente necesaria y tiene que resultar en alto grado beneficiosa. En el Norte hay capitales, que en el Sur faltan. En cambio, en el Sur suele sobrar ma-

no de obra, que en el Norte con mucha frecuencia escasea. Además, no es pequeña cosa para Vilaflor ponerla al alcance de los grandes hoteles del Valle de la Orotava. De este modo sí que se concibe otro gran hotel en Vilaflor, ya que en clima a todos aventaja, así como el Sanatorio o sanatorios, que desde hace tanto tiempo se proyecta.

Para fin de este año esta carretera que sube de la Orotava llegará al Portillo. Lo que hace falta es que se comience también a trabajar en ella por el otro extremo a partir de Vilaflor; y que al atravesar Las Cañadas no se hagan rodeos inútiles o con fines exclusivamente turísticos, sino que se busque el camino más fácil y más corto para la antedicha comunicación del Norte y Sur.

La aproximación al Teide para los turistas puede hacerse, en todo caso, por un ramalillo de poco coste, que suba hasta lo alto de la Montaña Blanca, por donde no podría pasar la carretera del Sur sin alargarla mucho inútilmente. De este

modo Vilaflor podrá quedar de la Orotava a unos 60 o 70 kilómetros como máximun, distancia fácil de salvar cómodamente en un par de horas. Y el día en que llegue a construirse la carretera de las cumbres, desde La Esperanza hasta Las Cañadas, donde enlazaría con esta de que venimos hablando, el Sur hasta vería acortada la distancia que le separa de la capital, quizá en un 30 o un 40 por ciento. Esto, claro está, aparte de la importancia turística de estas carreteras, que es verdaderamente incalculable.

También en la iglesia de Vilaflor teníamos algo nuevo que ver; pues, en efecto, aunque minúscula, también se ha hecho en ella alguna obra, a saber: poner pavimento de mosaico al Presbiterio, pintar algunos altares y adecentar un poco el resto de la iglesia, que, aunque de una sola nave, es proporcionalmente bastante capaz y de buen aspecto. Y entre otras cosas tiene una estatua en mármol de San Pedro, que parece proceder de Italia y en la

cual se nota un estilo de gran artista.

Hecha esta visita a la iglesia volvimos a nuestros coches tomando la carretera de Granadilla, la cual es en todo su trayecto muy interesante, marchando a ratos entre pinares y descubriendo siempre hermosas perspectivas. En Granadilla entrá-bamos hacia las cuatro de la tarde. Granadilla, como ya hemos dicho, es un pueblo riente y muy lleno de alegría, con buen caserío en general, envuelto en huertos de naranjales. Para llegar a la parroquia tuvimos que atravesar todo el pueblo, tendido muy a lo largo horizontalmente en la ladera de la montaña.

La iglesia es pasable; bastante buena para un pueblo de menos importancia, pero no todo lo que debería ser en relación con la categoría de Granadilla, que es cabeza de Partido y de Arciprestazgo.

Hay aquí recién creada una Junta de Acción Católica de la Mujer, que comienza a actuar en sus primeros pasos y a encontrar, natural-

mente, sus primeras dificultades. Unos minutos de conferencia con el párroco-Arcipreste y con las señoras de la Junta y todo quedó, gracias a Dios, solucionado. La presidenta, doña María de las Casas, celosa y entusiasta por la obra, muy activa por temperamento y hasta excelente escritora, solamente se requema al ver lo despacio, por falta de medios, que estas cosas se pueden desarrollar, sobre todo, en pueblos pobres. Pero más vale así, que el entusiasmo y el deseo vayan rápidamente y muy lejos hacia el ideal, aunque la realidad de la obra vaya más despacio. No hay que desanimar jamás, pues las obras que mucho valen mucho cuestan; y nunca suelen marchar muy rápidas en su desarrollo y crecimiento.

A saludarnos habían salido las autoridades del pueblo y muchas otras personas, de todas las cuales rápidamente nos despedimos, agradeciéndoles sus atenciones y delicadezas. Al automóvil, pues, y hacia La Laguna. A las seis tenemos en

nuestro programa una pequeña detención en Güimar para ver el solar donde trata de construirse la nueva Casa Rectoral. Pero nos hemos propuesto, al comenzar, no hablar del Sur de Tenerife sino a partir de la ladera de Güimar en adelante, y no queremos faltar a nuestra palabra.

Más pena nos dá, por cierto, el tener que pasar sin detenernos por Chimiche, el Río y los distintos pagos de Arico, sobre todo Arico el Nuevo, donde se trabaja para la ampliación de la ermita a fin de convertirla en iglesia parroquial; y el no poder llegarnos por un ramalillo de carretera de unos seis kilómetros al Porís de Abona, paguito hasta ahora muy abandonado y del cual espero mucho bueno para en adelante. Pero la noche se nos va a venir encima muy pronto, quedan muchos kilómetros que recorrer y... no nos faltarán más adelante ocasiones para recorrer de nuevo este camino, completando lo que ahora queda tan ligeramente esbozado.